

NUESTRO TIEMPO

EN LA ENCRUCIJADA DE LA HISTORIA

Henos aquí ante una nueva Edad, despojados de aquella rica unidad espiritual almacenada en el Medioevo durante centurias de luchas y de esfuerzos. He aquí la encrucijada, el tremendo desenlace a que nos ha conducido el humanismo antropocéntrico de comienzos de la Edad moderna. A aquel éxtasis y alegría del descubrimiento del hombre y del mundo a costa de Dios, de sus comienzos, ha sobrevenido finalmente la tristeza y el desencanto del hombre que ha experimentado la miseria y la nada de su inmanencia, privada del Ser divino, de un hombre destrozado y aniquilado, menos humano que nunca, inferiorizado y dominado por sus pasiones, sin fuerzas para vivir la vida superior del espíritu, a la vez que esclavizado por las fuerzas materiales, y de un mundo reducido a las apariencias fenoménicas y a sus leyes. El advenimiento del comunismo y del totalitarismo en todas sus formas, las últimas dos grandes guerras con sus crueldades y quebrantos irreparables para el acervo de la cultura, todos estos y otros terribles acontecimientos que se multiplican y entrelazan precipitadamente devastadores sobre una humanidad dolorida y desgarrada en todos los aspectos de la vida, y sobre todo el desencanto, la inseguridad y la tristeza de una vida humana sin sentido, sin luz ni esperanza, parecen haber llevado hasta el extremo las consecuencias de aquellas premisas renacentistas y haber agotado los últimos vestigios de la unidad espiritual y de la cultura medioevales, si exceptuamos la Iglesia, que en su unidad y en su riqueza espiritual en medio de la decadencia y desastre general, lleva el signo de su origen y protección divinas y es, por eso, la reserva espiritual permanente de salvación eterna y "por añadidura" también de restauración de un orden temporal de la vida humana individual y social. Nos toca asistir al desenlace final y terrible — que puede durar más o menos, como precipitarse de repente — de una cultura equivocadamente organizada.

La humanidad se encuentra en una época de disolución análoga a la de aquella que sobrevino hacia el final del Imperio romano, en que se derrumbaba, de puro caduca, por la decadencia espiritual y moral, la cultura greco-latina de largos siglos de esplendor, y el mundo entraba en una nueva edad, en los oscuros y humildes comienzos del Medioevo, en que las fuerzas cristianas iban a salvar los restos de la cultura clásica incorporándolos a una nueva y superior cultura, a la cultura cristiana teocéntrica, que, centrando al hombre en Dios, salvaba al hombre y su obra en los brazos paternales de Dios.



Ad te, Domine, Clamabo,

Pero la situación no es la misma, es solamente análoga. El tiempo no corre en vano para el hombre y la historia no se repite exactamente. La humanidad de hoy no es ya aquella raza pagana, de costumbres bárbaras, pero incontaminada y dotada de grandes reservas espirituales; es la humanidad apóstata — si no individual, al menos colectivamente y en la organización de sus instituciones y cultura — que ha dilapidado el caudal de una rica herencia cristiana. Si los bárbaros eran los pobres que necesitaban mendigar de la Iglesia sus bienes espirituales de la eternidad y del tiempo, incluso el de la civilización, la Edad moderna está representada más bien por el hijo pródigo, pero por el hijo pródigo no de los primeros días de su huida de la casa paterna, cuando las abundantes reservas recibidas de su generoso padre antes de partir le permitían aún cierto goce de la vida con que ahogar la tristeza y la nostalgia del bendito hogar abandonado, tal como acontecía en los primeros tiempos

del Renacimiento. No; es ella más bien el hijo pródigo que ha dilapidado sus cuantiosos bienes viviendo en el desorden, reducido ahora a la condición de esclavo de un misero señor, privado hasta de las bellotas que comen los animales inmundos, la humanidad abatida, acongojada y llagada con todas las heridas de sus propios yerros y pecados, la obra de sus propias manos.

Y ya sabemos que el dolor y la humillación casi son el comienzo del arrepentimiento. De hecho, de todas partes, los hombres bien intencionados, de buena voluntad, gimen y confiesan que este mundo creado por el hombre en sustitución de aquel otro creado y organizado bajo la ley de Dios e influencia de su Iglesia, es inaguantable, que las cosas no pueden seguir así, que una reorganización y una unidad, un *nuevo orden* se hace impostergable. Nunca como hoy la humanidad, dolorida y humillada por sus propios pecados, está mejor dispuesta, como el hijo pródigo de la parábola evangélica, para el arrepentimiento y para levantarse de sus miserias e ir a recibir del cristianismo, y más concretamente de la Iglesia católica — única auténtica depositaria de la verdad y de los medios de redención del Salvador — la mano que salvándola para Dios y para la eternidad, la salve también para sí misma y para su vida terrena, que conduciéndola a los brazos cariñosos de su Padre celestial y al sometimiento amoroso de su autoridad, le devuelva la blanca veste de la amistad y de la filiación divina, la auténtica libertad del dominio de las pasiones, la paz de la vida cristiana y con ella también el sentido y la alegría de la vida humana del tiempo y de su cultura sobre la tierra.

Todo el ser del hombre — hecho por Dios y para Dios — en el orden natural y sobrenatural está de tal manera constituido, que sólo fuera de sí, en la trascendencia del ser, que en su último término necesario es la trascendencia divina, encuentra su desarrollo ontológico-moral, la plenitud de su ser y de su vida. Únicamente saliendo de sí y perdiéndose de este modo en el regazo de Dios, no sólo se perfecciona y diviniza para la vida eterna, sino que también se ilumina y encuentra la ruta de su vida del tiempo, como un camino que de Dios viene y a Dios conduce su existencia individual, natural y sobrenatural, especulativa y práctica, su vida social y política, profana y religiosa, las cuales en Dios logran así esclarecerse y organizarse en su magnífica y rica unidad. El "Qui perdiderit animam suam propter Me, inveniet eam, el que perdiere su alma por Mí, la encontrará" de Jesucristo, vale no sólo en el orden de la salvación eterna individual, sino también colectiva y temporal. Semejante unidad espiritual en Dios por medio de la Iglesia, del hombre y su cultura de esta nueva edad sería superior a la del Medioevo, porque en ella permanecerían las

SUMARIO

NICOLÁS O. DEBIST: *En la encrucijada de la historia.* — JULIO MEINVILLE: *Dilthey y la Filosofía del ser.* — PAUL CLAUDEL: *No se trata de nosotros solamente.* — MÁXIMO ET-

CHEGOPAR: *Tópico y realidad.* — SANTIAGO DE ESTRADA: *San Benito.* — RICARDO E. MOLINARI: *Soneto.* — BALLESTER PEÑA: *Ad te,*

Domine, Clamabo. — FRANCISCO FORNIELES: *Dibujos.* — JOSÉ M. CANTILLO: *Villetes.* — VIDA INTELLECTUAL: *Memorandum del Dr. Tomás D. Cuzares.* — *Economía.* — Cine.

verdaderas conquistas, inadmisibles ya, de la Edad moderna: la conciencia de la persona, las ciencias empírico-inductivas y sus aplicaciones técnicas, en fin, todos los frutos del humanismo, el cual, al decir de Maritain, no fué malo ni opuesto a los genuinos intereses humanos cristianos y a la unidad cultural Medioeval, por ser *humanismo*, sino por ser *antropocéntrico*, immanentista, vuelto contra el ser y contra Dios. Todo ese humanismo —en lo que de auténtico y valedero tiene— se salvaría incorporando al teocentrismo, único capaz de salvar al hombre y su cultura.

El Medioevo fué la Edad de la unidad del hombre y de toda su vida natural y sobrenatural y de su cultura en Dios por Cristo, la Edad en que más plenamente vivió la realidad del Cuerpo místico —Cristo, Dios-Hombre, Cabeza de su Iglesia, y ésta, los cristianos, sus miembros a El incorporados por el Bautismo y vivificados por su gracia— bien que sin pensarlo casi —*exercente*, que dirían los escolásticos— sin conciencia refleja de ello. La Edad Moderna, en cambio, no vivió —al menos con la fuerza de la época anterior— de esta verdad sobrenatural de la unidad en Cristo. Fuera de la Iglesia, fué una lucha del hombre por despojarse de la filiación divina y deshacerse de los vínculos que lo hacían dependiente de Dios, hacia una total humanización y consiguiente deshumanización final. Dentro de la Iglesia, los fieles, sin dejar de vivir incorporados a Cristo por el bautismo y la gracia, y unidos de este modo a todo el Cuerpo místico de Cristo, no hicieron siempre de esa verdad el dogma central, el manantial de su vida cristiana, no la vivieron siempre en toda su fuerza. Organizaron más bien su vida cristiana en una relación más personal e individual con Cristo, que en unión consciente con El, como Cabeza de su Cuerpo místico, y con los demás miembros. En cambio, esa unión con Cristo, precisamente porque más personal, ganó en reflexión y conciencia.

La nueva Edad que se avecina, si se organiza conforme a las exigencias naturales y sobrenaturales del ser humano —y debemos procurarlo— deberá conservar esta fuerte conciencia personal —conquista de la Edad Moderna— de la vida divina, a la vez que reconquistar —como lo va haciendo— la fuerza de la unidad del Cuerpo místico, para llegar a vivir conscientemente —sobrepasando a la Edad Media con el aporte conservado de la Edad Moderna— su incorporación a Cristo y su unidad con todo el Cuerpo Místico.

¿Se levantará la humanidad de la postración a que sus propios pecados de orgullo, de exaltación de lo humano, la han conducido, para retomar a la casa del Padre, a la Iglesia de Dios, a pedir la filiación divina que la regenere a la vez y "por añadidura" en su ser y vida humana?

¡Quiera Dios que así sea!

En todo caso, a nosotros los católicos nos toca orar y trabajar con todas nuestras fuerzas, cada uno según su capacidad y en la medida de su influencia desde el sector que en la sociedad ocupa, para esclarecer este camino y acelerar este retorno por medio de la rechristianización, o mejor, recatolización de los individuos, de la familia, de las instituciones, y de la sociedad política, que traera consigo y a la vez la reconstitución del hombre y de su cultura sobre la tierra, el reencuentro del camino de la unidad perdida, la recuperación auténtica del hombre y del humanismo por el teocentrismo, por la superación e integración del hombre en Dios.

OCTAVIO NIEGLAS DERISI



DILTHEY Y LA FILOSOFIA DEL SER

Guillermo Dilthey va siendo abundantemente conocido entre nosotros después del triunfal ensayo de Ortega y Gasset¹ y de las eruditas lecciones de Francisco Romero² y sobre todo, ahora, con estas magníficas ediciones castellanas, que, al expresar dos aspectos tan dispares de su método y de su obra nos permiten apreciar qué hay de legítimo en ella. Porque ese asignar un valor en sí a "lo social", a "la vivencia social", a "lo histórico" hace como surgir de las ciencias morales una nueva ciencia, que cobra independencia desde un estado de indiferenciación, en que existía. La filosofía tradicional, sobre todo en Santo Tomás, trató la ciencia de la sociedad bajo un aspecto predominantemente teórico. Su labor fué valiosísima y debe ser continuada. Pero, hoy, es también necesario el conocimiento histórico, genético y causal más que teleológico, de las sociedades humanas. Y no ya, una filosofía histórico-genética de todo el saber al estilo de Hegel, Comte, Spencer o Lamprecht, sino una ciencia de lo social que, con método científico y riguroso, establezca los hechos y las conexiones causales de lo social vivido. Dilthey debe ser considerado como uno de los grandes creadores de esta "sociología".

En esta nota, no pretendo referirme a estos méritos de Dilthey sino, más bien, indicar a grandes rasgos, a la luz de la filosofía del ser —que, precisamente porque es del ser, es la única filosofía que puede juzgar todo otro pensar— el valor y el límite de la labor Diltheyana.

Para ello es necesario tener presente dos hechos fundamentales de toda gnoseología: la rica complejidad del conocimiento humano y la no menos rica, de todo ser, conocido por el hombre.

La rica complejidad del conocimiento humano. Pocas doctrinas existen en la filosofía aristotélico-tomista tan llenas de inexploradas virtualidades como las del compuesto humano. El hombre, en unidad jerárquica de su ser, reúne perfecciones físico-vegetativas, sensitivas, afectivas e intelectuales. Estas perfecciones son principios de actividad y de conocimiento, de diferente densidad, que, al ser puestas en acto por la actividad del sujeto cognoscente, participan todas, de alguna manera, en cada una de sus operaciones psíquicas. Así, cuando el hombre experimenta una sensación, no se presenta ésta en estado puro, sino que un conjunto vivo de otras sensaciones, afectos y aún conceptos la acompañan; y, a su vez, cuando *conceptualiza*, también todo un conjunto vivo, de sensaciones, imaginaciones y afectos, se hace presente en él. Toda operación psíquica, entonces, aunque dirigida a un objeto propio, está configurada en un conjunto vital, en una vivencia, más o menos rica e intensa, que le da un vigor y colorido peculiar. No hay, en el hombre, ninguna operación psíquica que sea un puro sentir, un puro imaginar, un puro conceptual: hay operaciones humanas, propias de un compuesto humano.

Además, si tenemos presente la profunda y también inexplorada doctrina de la Escuela sobre la formación de los conceptos, en cuya elaboración concurren, en lento y progresivo proceso, todas las virtualidades del psiquismo, todas las percepciones sensibles, recibidas desde los más ignorados días de la infancia, todas las imaginaciones suscitadas en la fantasía, todos los afectos experimentados en los momentos y medios más diversos, todas las operaciones recogidas en la conciencia, nos haremos una idea de la enorme carga ambiental, social e histórica que pesa en cada uno de nuestros conceptos y en toda la vida conceptual de cada individuo.

Lo inmutable y permanente de la naturaleza humana, su racionalidad, se cruza y entrelaza con lo mudable y cambiante de la historia de cada individuo.

En la antropología aristotélico-tomista el hombre es, entonces, un compuesto de eternidad y de tiempo, de metafísica y de historia.

Pero el otro hecho de la rica complejidad de todo ser conocido por el hombre no es menos maravillosa. ¿Qué es el ser exterior, conocido por el hombre, y no ya el cosmos, ni tampoco el universo de realidades espirituales que sobrepasan los límites del cosmos, ni mucho menos aquel Ser, Principio imprincipiado de todo ser, sino cualquier humilde criatura, llámese, hombre, animal, planta o piedra? ¿Qué es la más pequeña partícula de ser? ¿Es acaso tan sólo, un hecho de conciencia, o un fenómeno, o apariencia sensible,



o cantidad, o energía físico-química, o un impulso vital, o historia? Porque la humilde piedra puede ser objeto de la ciencia química, o de la física, o de la psicología, o de la metafísica, y aún de la historia, si lleva el rastro de la labor humana.

La más insignificante de las realidades es, entonces, una complejísima e insondable suma de realidades.

Ahora bien; si el conocimiento es, en expresión profunda de la Escuela, *adsequatio rei et intellectus*, un contacto intencional de estas dos ricas y complejísimas realidades que son el hombre y las cosas, ¿quién podría enumerar los infinitos puntos de contacto no ya en cada hombre sino en todos los hombres? ¿Quién podrá sobre todo *medir el valor* de cada uno de estos contactos, sus condiciones y posibilidades?

Sin embargo, precisamente porque la inteligencia humana es la facultad del *ser*, porque vive del *ser* que recibe, puede juzgar y valorar su propia labor y la de todas las operaciones de la conciencia humana y las virtualidades de todos los seres. Lo puede, humildemente, es verdad, pero lo puede. Pero, al alcanzar el *ser*, alcanza todo, en cuanto todo es *ser*: hasta el Ser, increado, hasta su propio estado de conciencia. Es cierto que a través de sus *conceptos* no alcanza el *ser total*, pero tampoco puede alcanzarlo a través de ninguna *vivencia* por intensa y cargada de historia que se la suponga.

Pero lo importante y valioso es que al *ser como tal*, sólo lo alcanza con la pobreza sublime de su inteligencia conceptual. De aquí que el trabajo de la inteligencia haya de ser doloroso. Porque esta pobreza de la inteligencia conceptual para darnos un conocimiento, menos fragmentario, de los seres reales, de su incalculable riqueza, de sus múltiples e insospechadas conexiones, un conocimiento más total, necesite de un contacto continuo con la experiencia, externa e interna, de la naturaleza y de la historia, que asimile no tan sólo las notas universalísimas de las cosas sino también las *comunes* y aun *las individuales*. Por eso una "conversio ad phantasmata", un mirar continuado de las imaginaciones, es imprescindible para que la inteligencia conceptualice vitalmente. *Conceptos vitales* que sin dejar de ser conceptos mantienen una viviente riqueza de realidad. Metafísica y experiencia, he ahí los dos pilares de todo conocimiento verdaderamente humano. Porque el hombre es *ser* y tiempo, metafísica e historia.

Estas enormes dificultades del conocimiento humano, lejos de arredrarnos o de impelerlos a un pirronismo imposible y estéril, nos aconsejan proceder con cautela, humildad y laboriosidad en el camino de nuestra formación intelectual; nos previenen sobre todo de dos peligros permanentes, de que ha de precaverse el filósofo: el de esquematizar la realidad y el de obstruir la metafísica, so pretexto de vitalizarla.



El primero es el peligro que acecha al metafísico; que por haber alcanzado algunas *esencias*, cree que lo conoce todo y puede despreciar todo el resto; sin percatarse que, de esta suerte, se queda con unas ideas o esencias esqueléticas, descarnadas, que por valer para todos los tiempos, acaban por no tener vigencia en ninguno. Contra este peligro es aleccionadora y utilísima la obra de Dilthey y a ella y a su método deben recurrir filósofos, moralistas y sociólogos. Sobre todo deben recurrir los discípulos de Santo Tomás para no repetir el aचेchante peligro que amenaza a la escolástica.

Pero del segundo peligro hay que libertar, a su vez, la obra de Dilthey, quien a fuerza de ver en todo la historia, la conciencia y la vida acaba por creer que todo es historia, conciencia y vida, olvidando que si hay movimiento es porque hay reposo, si hay historia es porque hay un sujeto permanente e invariable de la historia, si hay conciencia es porque hay una naturaleza que la tiene y si hay vida es porque antes hay una substancia que vive.

El cotejo de las dos recientes ediciones castellanas de la obra de Dilthey nos manifiesta claramente cuál es el límite de legitimidad de su método y labor. Porque "Hombre y mundo en los siglos XVI y XVII", que es una labor de *hechos vitales*, donde, por lo mismo, predominan los rasgos caracteriológicos e individuales de hombres y de medio social, su método de observaciones y descripciones, cargadas no de *ideas*, sino de *vivencias*, produce un resultado insuperado y único en la explicación de la historia. Por pura vía conceptual jamás se podría llegar al conocimiento de estos hechos ni a su nexa causal próximo.

En cambio, en "La esencia de la filosofía", este método llega a resultado fundamentalmente falso. Porque este problema debe ser resuelto en función del *ser como tal* y no de caracteres individualizantes. La ciencia suprema que debe juzgarlo y valorarlo todo no puede funcionar sino con aquello que lo comprende todo. Y no hay nada fuera de la noción de *ser* que pueda comprenderlo todo. Porque si es algo y no es *ser* ya no es algo. Y si es un *ser determinado* ya no puede comprender lo que no está en él determinado. Por esto son falsas todas las filosofías que no sean la filosofía del *ser*. Porque sino es la del *ser* será la filosofía del agua, del fuego, de la materia, de la idea, de la conciencia, de la razón, del fenómeno, de la voluntad, del impulso vital, de la física, de la experiencia, de la historia. Será una filosofía *determinada* que no podrá ser una filosofía porque no podrá comprender el *ser*.

En este error profundo incurra Dilthey. Siguiendo en la huella de la filosofía moderna, que desde Descartes y Kant se apartó del *ser* para refugiarse en la conciencia, quiere superar el conocimiento de la naturaleza en que se desenvuelve la *razón física* de Kant, el conocimiento de toda realidad en la *razón histórica*, es decir, en la conciencia fecundada por la historia. La filosofía será —al decir de Ortega y Gasset— *Selbstbestimmung*, es decir, percatación de sí mismo, autognosis... Reducida toda realidad a lo que pasa en la conciencia del hombre, la "ciencia" de la realidad universal o filosofía no puede ser, tras su primer paso como historia propedéutica, más que percatación o autognosis.

La filosofía entonces —en esta huella diltheyana— surge de una fecundación de la conciencia con la historia que, a su vez, es conciencia de conciencias. La filosofía es, entonces, un proceso acumulativo, al infinito, de conciencias.

No hay duda que una filosofía tal podrá ser un pasatiempo entretenido para muchos mortales. Pero sino alcanzamos el *ser*, si sólo alcanzamos el *ser* de estados de conciencia, no vale la pena filosofar. Porque por mucho que alcancemos, a través de vivencias históricas, sino alcanzamos el *ser* que está fuera de nosotros, que existe antes que nosotros, que nos invade por todas partes, si sobretodo, no alcanzamos, no sea más que por una huella lejana, al Ser por excelencia, no hemos alcanzado nada. Porque lo que no es, nunca podrá ser algo por viviente que lo imaginemos.

Pero el pensamiento de Dilthey significa un aporte histórico valioso que no solo no debe ser despreciado sino que debe ser salvado e integrado en una conjugación de *ser* y de existir, de metafísica y de historia. Dilthey nos está diciendo que el pensamiento moderno, iniciado con Descartes por una entrada en la conciencia termina su ciclo de posibilidades, después que de una trayectoria en que se ha cargado de riqueza de todo un saber vuelve a encontrarse con la conciencia. Dilthey cierra un circuito que ha agotado todas sus posibilidades en profundidad. Por otra parte este pensamiento moderno, puro acontecer, puro tomar conciencia de valores existenciales, clama por su recepción en el *ser*, en lo permanente, en la metafísica para que sea alcanzado verdaderamente, en su totalidad, en sus conexiones auténticas el *ser*, el acontecer, la metafísica y la historia.

JULIO MEINVILLE.



* Guillermo Dilthey. *Hombre y mundo de los siglos XVI y XVII*. Traducido y prologado por Eugenio Imaz. Fondo de Cultura Económica. México. *La esencia de la filosofía*. Con un estudio Preliminar de Eugenio Pucciarelli. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires.

¹ Publicado en los números 125, 126 y 127 de la *Revista de Occidente*.

² en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en noviembre de 1933.

³ Ver el estudio de Francisco Ayala, *Dilthey y la sociología* en "La Nación", del 4 de junio de 1944.

⁴ "Guillermo Dilthey y la idea de la vida", en "Teoría de Andalucía", pág. 205.

NO SE TRATA DE NOSOTROS SOLAMENTE...



Este poema es una muestra del sentido inmediato y personal que de la existencia de Dios posee el poeta. En su aleccionante sencillez, es también un ejemplo de la conmovedora familiaridad de Claudel frente a lo eterno: transitoria y perecedera, pero también ella misericordiosa, la criatura sabe apiadarse ante los dolores tan paternalmente asumidos por Dios en su compasión infinita.

(Ainsi donc encore une fois...)

Señor, no se trata de nosotros solamente, se trata de Ti mismo, Dios eterno.

Nosotros que somos padres de pequeñuelos, cuando Tú dices que eres el Padre supremo,

¿Cómo quieres que Te comprendamos, si no de la manera más humilde y más literal,

Y, puesto que eres verdaderamente Nuestro Padre, cómo creer que puedas desearnos algún mal?

A nosotros que somos padres de pequeñuelos, cuando uno de ellos está enfermo o dolorido,

El pan nos parece envenenado y el vino se nos vuelve insípido. Y si ocurre lo que ni siquiera me atrevo a decir,

Es en nosotros donde el cuerpo y el alma se separan, y somos nosotros los que sabemos qué es morir.

Y sin embargo es evidente que sólo somos su padre y su madre por azar.

Eres Tú quien por un acto particular de Tu voluntad, y para que sean siempre a Tu semejanza,

Pronunciando muy suavemente sus nombres, desde el fondo de Tu Eternidad los has suscitado sacándolos de la Nada,

Y quien no sólo eres su Padre transitorio, sino que no dejas de serlo en todo instante.

¡Y la prueba de que es verdad, y de que Tú sabes también lo que sabe un Padre,

Y de que eres capaz de morir, Tú también, y de que es asunto que conoces mejor que nadie,

Son esas manos, cuando uno desearía servirse de ellas, clavadas, y esa hiel que es preciso beber gota a gota amorosamente,

Es la cruz hacia la cual, cuando te buscamos, nos basta mirar para tenerte!

Si Tú no fueses más que Dios, no habría manera de entenderse Contigo de un modo claro,

Pero Tú has pasado también por ésto, también Tú eres experto en lo que nosotros hemos soportado.

¡Y por cierto que, desde el punto de vista de la Eternidad, bien poca cosa son nuestros males presentes,

Pero hartos ves que aún así, tal como son, Señor, ya nos parecen suficientes!

“Mi hermano no hubiera muerto, Señor, si Tú hubieses estado junto a él”, alguien que te es grato dice con voz solemne.

¡Ten piedad de esos ojos casi extintos que Te buscan y no pueden verte!

¿Esos hijos que Te has creado, Señor, acaso no Te pertenecen? ¡Y si es verdad que cuando ellos sufren nos igualamos paternalmente a quienes amamos y preferimos,

Ten piedad de nosotros, Señor, a causa de Ti mismo!

PAUL CLAUDEL.

(Traducción y nota de Angel J. Battistessa).

TOPICO

Imaginad a un hombre dispuesto a prescindir de todas las normas morales: de las malas a secas, y de las buenas en esencia, pero desvirtuadas de hecho. (En la hipótesis que antecede el móvil de tal resolución no es, sin embargo, anárquico; por el contrario, asienta en una profunda apetencia de orden; de un orden edificado sobre la verdad).

Pues bien, congruente con su propósito, procederá a destruir todos los principios éticos, todas las normas de conducta, todas las ataduras morales. Ya está, bárbaro sobre las rotas clásicas, sumergido en un mundo devastado. Un principio, sin embargo, como intacta columna, quedará en pie; el que, constituido por la existencia, considerada en su

sentido más hondo e interior, de no mentir, le ha servido de flamígera espada destructora; y sobre ese último, irreductible principio, nacerá, organizado nuevamente, todo el orden oculto de las cosas; al través de ese último, irreductible principio, hallará —este hombre que imaginamos— vueltos a su quicio primigenio, todos los otros que había destruido por inútiles y equivocados.

Pero ocurre que el mundo cumple con todos los preceptos éticos— y minuciosamente— menos con aquél, que es el que los vivifica y justifica.

Para el catolicismo la moral es un camino

—entre otros— que puede conducir hasta la gracia sobrenatural. Camino que se sigue y se olvida. A la luz de la razón humana, en cambio, la moral es el fin, el acabamiento de la vida perfecta.

Hay que pensar en la infinita liberación que la enseñanza católica implica, respecto de la terrible, cerrada exigencia de la ley natural.

No basta descubrir que una cosa es verdadera, para darla por vigente. Desde ese punto de vista, tanto vale la Liga Patriótica del Dr. Carles como la idea de la Hispanidad.

El método adecuado es distinto. Primero

En los primeros días de la Iglesia "todos los que creían estaban unidos, y tenían todas las cosas comunes. Vendían sus posesiones y haciendas, y las repartían a todos, conforme a la necesidad de cada uno. Y diariamente perseveraban unánimemente en el templo; y partiendo el pan por las casas, tomaban la comida con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y hallando gracia con todo el pueblo. Y el Señor aumentaba cada día los que se habían de salvar en esta unidad". Cuatro siglos más tarde reinaba la Fe en todo el orbe romano, y era cristiano el humilde labriego, el legionario, la matrona y hasta el Emperador, y ya ni el labriego dejaba su arado, ni el legionario su lanza, ni la matrona su casa, ni el Emperador su dominación: porque arado, lanza, casa y dominación pertenecían a un mundo nuevo, redimido por la Sangre del Cordero y de los innumerables mártires que habían dado sus vidas por el triunfo de la Cruz. Pero al lado de señores, soldados y labriegos, debajo como éstos de la Jerarquía Eclesiástica, estaban los monjes que, renunciando así a lo licito, hacían de los consejos evangélicos norma práctica de vida y renovaban en sus días ese ideal de unidad descrito por San Lucas.

No hay resaca por donde Satanás no se meta; por algo se le llama Príncipe de este Mundo. El estado monacal no escapa a sus acometidas, y no pueden negarse que allí ha de las suyas. Porque son varios los géneros de monjes; y si hay fuertes cenobitas que en estrecha hermandad reviven los tiempos apostólicos, y valientes anacoretas que, sabiéndose con fuerzas bastantes para dejar la compañía de sus hermanos, con solo su brazo y la protección de Dios empeñan singular batalla contra el Enemigo: hay también serabaitas y girévagos, malos monjes "de los cuales más vale callar que hablar", aparte de las imperfecciones que pueden darse entre los mismos anacoretas y cenobitas. Esto sucedía en el siglo V y sucede en el siglo XX, y sucederá en todos los tiempos y lugares en que Satanás no persiga a la Iglesia de frente, a cara descubierta, mientras el Señor no quiera poner el punto final. Y esta es la razón de ser principal de la vida de San Benito, ya que todo lo que el Santo se debe es consecuencia de su obra de organizador del monaquismo.

Porque Benito vino en nombre del Señor. Trajo una misión concreta: conducir al Reino a los que, renunciando a su propia voluntad, empuñan las armas de la obediencia, la pobreza y la castidad para servir a Cristo, Rey y Señor. Para ello estableció una "escuela del servicio divino", en la cual no ordena cosa alguna dura ni penosa, pero enseña cómo, a medida que se avanza por las sendas de la piedad y de la Fe y se participa cotidianamente en los sufrimientos y en la oración del Redentor, "córrese, dilatado el corazón, por la vía de los divinos mandamientos con inefable dulzura de Caridad". Reglamentó así la vida de los fortísimos cenobitas con tal acierto y tanta eficacia que

REALIDAD

hay que percibir qué cosas, imágenes, ideas, reclama como vitalmente necesarias al tiempo, la época, el momento histórico en que se vive, para luego renovarlas, crearlas, darles forma, sacándolas del tesoro común de la verdad, en que yacen dormidas.

Más estimable que la fidelidad al lugar, al terreno, es la que cada generación debe tener respecto de su tiempo, de su época. Además, esta última fidelidad no sólo no excluye a la primera, sino que es el requisito necesario para que el amor a la tierra no se trueque en el regateo estéril de los localismos.

Habría que ser como alguien que, bien

le ha valido el título de "Patriarca de los Monjes de Occidente".

"Ora et labora": he ahí la cifra y compendio de la enseñanza de Benito. En la doble disciplina de la Oración y del Trabajo se desenvuelve la vida del monje. La Oración, "Opus Dei", lenguaje de filiación divina y patria sobrenatural del cristiano, es la principal tarea cotidiana. El Trabajo, tributo de humana servidumbre y justa consecuencia de la Caida, pagado con alegría de corazón, se convierte en un instrumento más de alabanza al Creador. Oración y Trabajo sabiamente distribuidos, de tal manera que son realidad lo dicho por el Salviata: "A media noche me levantaba para alabarte" y "Siets veces al día te he dicho alabanzas".

La piedra angular del monasterio benedictino es el Abad. Sin la obediencia y sin la caridad fraterna no hay vida religiosa en común. Por eso Benito quiso que sus conventos fuesen "Abadías", es decir "casas de abades", e hizo de cada monasterio una familia. Paterfamilias a la vieja usanza romana, el Abad es sobretodo el "vicegerente de Cristo", pues se le da su tratamiento y un nombre que sólo a El pertenece en propiedad. A su alrededor la "corona fratrum", el conjunto de los monjes, vive una hermandad auténtica y verdadera que aparece fundamentada como toda hermandad en una filiación común. Quien haya entrevistado esa vida no podrá menos que exclamar: "Mirad cuán bueno, y cuán gustoso es habitar los hermanos en unión".

Aparte de la obediencia filial, San Benito no propone a sus monjes una virtud especial determinada. Se contenta con ofrecer un ambiente propicio para vivir en su plenitud los consejos evangélicos. "Donde hay Caridad y Amor, allí está Cristo", canta la comunidad al recibir un nuevo hermano, "Nos congregó en uno el amor de Cristo... Cesen las pelear malignas, cesen las luchas... Y en medio nuestro está Cristo Dios". Desechados todos los motivos posibles de disputas (cómo extrañar que en el monasterio reine la Paz, esa Paz que el mundo no puede dar? Y en ese ambiente la santidad esté al alcance de la mano.

Pero la "escuela del servicio divino" fundada por Benito es más que un instrumento de santificación para quienes hayan hecho profesión monástica. Porque el monje y el monasterio son arquetipos, y en la vida del cristiano común y de la sociedad cristiana desempeñan un oficio análogo a la función que las ideas tiene en el sistema intelectual de Platón. De ahí la influencia que siempre han ejercido en la Cristiandad, sin entrar a considerar el inmenso valor imperatorio de la oración monástica. De ahí también que esa influencia sea mayor o menor, según mayor o menor sea la aptitud del hombre y de la sociedad.

En Monte Casino levantó el Patriarca la Abadía de la que salieron luego infinitas de abadías y de monjes que forjaron la Europa cristiana. En ella descansaban sus reatos mortales cuando los longobardos invadieron Italia y "entre sus demás fechorías tomaron

afirmado sobre el suelo, siente, en la cabeza y al respirar, el movimiento del aire.

Distinta es en una idea su originalidad de concepción, de su —podríamos llamar— originalidad de eficacia; de incorporación a la vida cultural e histórica de un pueblo.

Así, en la poesía española, fué el Marqués de Santillana, quien primero introdujo el verso endecasílabo, siendo, en realidad, Garcilaso y Boscán los que lo incorporaron orgánicamente a la lengua castellana.

No sólo en el arte, sino en el orden general de la cultura, vale esta constante: En la historia hay el momento de la libertad y el

SAN BENITO



Xilografía de Juan Antonio

y destruyeron el venerable monasterio cas-nense". Quedó el sepulcro destruido entre las ruinas hasta que desde Francia, donde florecía la Orden monástica, partió una misión en procura de las santas reliquias, y desde entonces ellas, conjuntamente con las de la santa hermana del Santo, la virgen Escolástica, son veneradas en la Cristiandad... Pasaron no muchos años y volvió a levantarse en Monte Casino la gran Abadía, madre indiscutida de tantas casas religiosas diseminadas por todo el orbe... pero otra vez ha vuelto a caer destruida por la fuerza de un ejército en marcha. Diríase que el viejo monasterio, manifestación en piedra del ideal perseguido por Benito, no puede convivir con un mundo regido por el Odio, la Discordia, la Hipocresía y la Traición!

Cuando la Paz de Cristo reine en el mundo, de nuevo se levantará la Abadía de Monte Casino, no por dádola el Poder ni del Dinero sino porque reflorcerá la Orden monástica. Y el Monje y el Monasterio, arquetipos de perfección cristiana, desplegarán su virtud operante en una Humanidad que, de vuelta ya de la apostasía en que hoy se debate, habrá entronizado en su corazón a Cristo, único Rey y Señor.

SANTIAGO DE ESTRADA.

momento de la necesidad, que no son simultáneos, sino sucesivos. El primero es el que abre un nuevo ciclo histórico, un nuevo estilo. Una vez sobrepasado, no queda ya, por centurias acaso, otro remedio que el de contar con esa especie de armonía preestablecida, esto es, con esa fatalidad.

El hombre antiguo (griego, romano) cree en la realidad de este mundo; el cristiano de los tiempos medievales sin dejar de creer en ella, afirma, ante todo, la realidad del ultramundo; el hombre moderno —idealista— no cree ni en una, ni en otra.

MÁXIMO ETCHECOFAR.

ECONOMIA

EL CENSO GENERAL DE LA POBLACION Y DE LA RIQUEZA

En un decreto dictado el 8 de octubre del año ppdo., se dispuso el levantamiento del 4º censo general de la República, que deberá comprender además de la población, a la industria fabril, manufacturera y extractiva, el comercio, la agricultura, la ganadería, la habitación y la propiedad inmueble y toda otra actividad económica y social que se desarrolle en el país en la época del levantamiento. Aparte de esas finalidades, establece el decreto, que tendrá también por objeto, determinar las bases necesarias para instituir un sistema de seguro social.

El mismo decreto fijaba como fecha de levantamiento el mes de octubre del corriente año.

Un nuevo decreto dictado recientemente por el que se crea el Congreso Nacional de Estadística y Censos, trae las disposiciones necesarias para comenzar de inmediato las tareas de organización de la importante operación censal. Pero como resulta fácil comprender, la fecha primeramente fijada, no se podrá cumplir, pues no hay tiempo suficiente para llevar a cabo debidamente las tareas preensales y de organización, de cuyo acierto depende la exactitud del levantamiento. El término fijado ha sido angustioso y deberá ser ampliado. Muy posiblemente no podremos tener censo antes de octubre de 1945.

Debe tenerse en cuenta que para que el censo general refleje fielmente la población y la riqueza del país y sirva a la vez de referencia y punto de partida de todas las futuras operaciones censales que deberán realizarse cada diez años, tendrá que comprender a la población total de la República, a través de todos sus atributos y abarcar la totalidad de las actividades sociales y económicas del país, debiendo ofrecer desde el punto de vista de sus recursos naturales y humanos, un panorama integral de la Nación.

Y la preparación de una operación de esa magnitud, requiere un tiempo mucho mayor que el de un año, sobre todo, en el caso de nuestro país, que tiene una experiencia censal bastante pobre. De la experiencia del censo de 1914, no quedan rastros y los demás censos realizados, han abarcado aspectos parciales (industria, agricultura y ganadería, analfabetismo, etc.).

Es por ello que seguramente, el censo a levantarse el año próximo, podrá ser completo sólo desde el punto de vista de la población, que es una de las cuestiones que más urge conocer, y deberá contener preguntas básicas de las demás materias, que permitan por lo menos, tener la visión de conjunto que hoy falta.

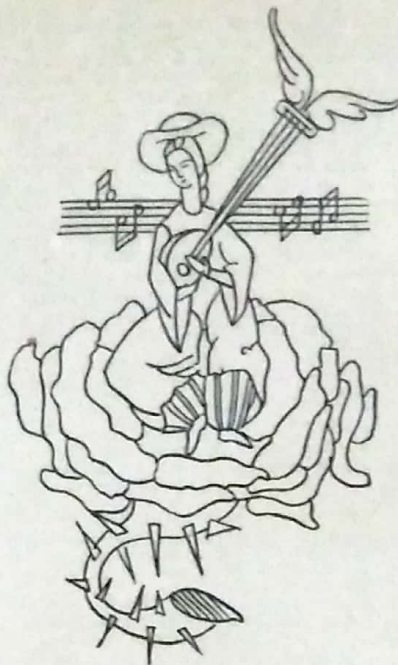
El país asiste en estos momentos a una saludable y justa renovación que abarca todos los aspectos de su vida económica y social. Esa renovación deberá hacerse en función de una doctrina, pero también en consonancia con el conocimiento cabal de la realidad que estamos viviendo. Y esa realidad hoy es desconocida.

De las personas nacidas en el país, en los últimos treinta años, más los extranjeros que llegaron en dicho período, todos los cuales forman las dos terceras partes de la población de la República, ninguna ha sido anotada en algún censo general, pues el último se realizó en 1914.

Por ello, no se sabe con exactitud, cuántos de esos millones de habitantes son varones y cuántos son mujeres, cuántos argentinos y cuántos extranjeros. No se sabe cuántos son analfabetos o semianalfabetos, cuál es la educación que han recibido los que saben leer y escribir y cuántos son; como está distribuida la población en las distintas zonas del país. No se conoce como está formada la población por edades y por ello no es posible saber a ciencia cierta, cuál es la capacidad potencial de población que existe actualmente. La ocupación de la población y el nivel de vida por regiones, sólo se conoce en forma parcial y aproximada.

Tampoco se conocen esos datos para las personas de más de 50 años que cuando jóvenes fueron censadas en 1914, porque no hay cálculos que permitan estimar estos hechos después de tanto tiempo.

Las estimaciones sobre el número de la población que realiza la Dirección General de Estadística, en función del crecimiento vegetativo o inmigratorio han dejado de tener valor. El reciente censo escolar del analfabetismo, ha despertado algunas interesantes sorpresas, poniendo de manifiesto que la población calculada para algunas provincias y territorios está muy lejos de estar de acuerdo con la realidad. Y ello, porque a esos cálculos escapan factores que deben ser tenidos muy en cuenta, como las variaciones en las denuncias de nacimientos, las migraciones



internas por razones de trabajo y las inmigraciones clandestinas, en especial, en las jurisdicciones fronterizas.

Eso revela la urgente necesidad de conocer cuál ha sido la evolución y cuál es el estado actual de la población argentina. La defensa nacional lo exige imperiosamente, por razones obvias.

Demás está decir, cuán importante es también tener por lo menos una idea aproximada, de cual es la riqueza del país, el valor de la renta nacional, la magnitud del comercio —sobre lo que no es posible ni siquiera hacer una estimación— y que posibilidades existe de implantar un régimen de seguro social obligatorio, que no produzca un desequilibrio en la economía del país.

Es de esperar, entonces, que de inmediato se inicien los trabajos preparatorios del 4º censo general, para que el año próximo pueda ser levantado sin tropiezos y con la mayor seguridad de éxito.

"Instituto Alejandro E. Bunge de Investigaciones económicas y sociales".

VIDA INTELECTUAL

El Dr. Tomás D. Canaves, a su paso por el Rectorado de la Universidad de Buenos Aires, ha bosquejado un plan de conjunto del problema de la enseñanza superior, que comporta una revisión excepcional del mismo y cuya designación NUESTRO TIEMPO considera justa y conveniente.

(N. DE LA D.)

Memorandum entregado a la prensa por el ex interventor de la Universidad de Buenos Aires, Dr. D. Tomás D. Canaves, en oportunidad de declinar su cargo, el 10 de mayo del corriente año.

Los puntos que la Intervención se había propuesto considerar eran en orden de creciente importancia, los siguientes: Régimen Administrativo; Régimen Financiero de Contralor y Contabilidad; Régimen docente; Organización de los Estudios (ingreso a las Facultades; reajuste de los planes de cada una de ellas; armonía y unidad de las enseñanzas impartidas en la Universidad y superior inspiración humanista de todas ellas). Contemporáneamente se estudiaba lo que podría llamarse problemas funcionales de la Universidad, es decir, el régimen institucional del claustro de profesores, de la corporación de alumnos, y de la constitución de autoridades.

Reorganización administrativa y financiera. — En el orden administrativo se había dispuesto establecer un escalafón de todo el personal no docente de la Universidad, para lograr una equiparación de sueldos y de funciones que, no obstante ser análogas, tenían a veces muy distintas jerarquías en las distintas dependencias que integran a la Universidad. El proyecto de escalafón ya había sido preparado por los Secretarios de las Facultades de Derechos y Ciencias Sociales y de Ciencias Económicas, doctores Pedro Torres y Carlos A. Lemna, con el asesoramiento del Secretario General de la Universidad, doctor Nicolás U. Mattiengo.

El presupuesto proyectado para 1944 modificaba substancialmente la estructura del que venía rigiendo en la Universidad y debía servir de base para una reforma fundamental del régimen de contabilidad, cuya realización comenzó en los primeros días del corriente mes y que tenía por objeto hacer más efectivo el contralor y centralizarlo en la Universidad, para evitar autonomías financieras dentro de ella que podían perturbar su unidad.

El régimen de la docencia. — Sobre el régimen docente la Intervención dictó la resolución del 28

S O N E T O

Ya no sé de tí, luz alta, pinar
Duro. No sé de tí, de nadie, nada.
Saber, muerte invariable; tonada
o ramo del olvido, es olvidar.

Yo sé de mí, y de mí, del divagar.
Corona obscura de otra dicha, amada
sin temor ni porfía; flor dejada
en el deseo, quieta, sin temblar.

Ya no te quiero ni me quiero, río
de hoy, de todo el tiempo. Transparente
huída, volver inmenso al aire frío,

a los mundos abiertos, ofendidos
de haber estado sin mí, sin mí frente,
mis voces y cabellos, detenidos.

RICARDO E. MOLINARI

de dictando, relativa a la actividad permanente de todos los profesores adjuntos y extraordinarios y a la revisión y armonización general de todos los programas, y la del 29 del mismo mes sobre épocas de exámenes y duración del curso académico. En oportunidad de su emisión la prensa diaria publicó sus textos y la explicación que de sus finalidades se hizo en la nota con la cual la primera de ellas fue comunicada al Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública.

Se dijo entonces que ello constituía sólo una etapa preliminar en la realización de la concepción que se entendía debía preverir las enseñanzas de la Universidad. Lo esencial no estaba sin duda en ese plan de intensificación y armonización de la docencia, sino en lo que se intentara con respecto a estos tres puntos fundamentales:

- 1º — Exigencias para el ingreso a las Facultades.
- 2º — Reajuste e integración de los planes de estudio.
- 3º — Armonía, unidad e inspiración primordialmente humanista de todas las enseñanzas impartidas en la Universidad.

Curso anual preuniversitario. — Sobre lo primero, la Intervención iba a proponer el establecimiento de un año de estudios preuniversitarios, obligatorio para todos los egresados de los Colegios Nacionales dependientes del Ministerio que quisiesen ingresar a cualquiera de las Facultades. Durante ese año los aspirantes a todas las carreras recibirían una intensificación formativa de su preparación en ciertas disciplinas fundamentales, que podríamos llamar arquitectónicas por su fecundidad orgánica (Filosofía, Castellano, e Historia), y en el instrumento indispensable de los idiomas vivos, a ello se agregaría, con secundaria importancia, una cierta formación especializada correspondiente a cada una de las carreras que se enseñan en la Universidad y que los alumnos recibirían de acuerdo con la elección que hubiesen realizado. Con secundaria importancia porque lo que la Universidad necesita no es que sus alumnos lleguen con mayor bagaje técnico, que eso lo dará ella, sino con un poco menos deficiente formación mental. La enseñanza tendría durante ese año carácter escolar e intensivo, con asistencia obligatoria, dedicándose la mitad del día a la enseñanza teórica y la otra mitad a la realización de ejercicios, deberes, trabajos prácticos y experiencias de laboratorio. Ello repararía en alguna medida las graves deficiencias de la enseñanza secundaria actual, mientras ésta no fuera fundamentalmente modificada, y aún después de haber sido, hasta que llegaran a la Universidad los primeros bachilleros del nuevo régimen, y pondría a prueba con cierta seriedad la vocación de los aspirantes, limitando racionalmente la irreflexión, afluencia torrencial a las carreras liberales. Esta exigencia substituiría al examen de ingreso que no procura ni mejor formación, ni selección seria y efectiva.

Reajustados los planes de modo que todas las carreras pudieran ordinariamente realizarse en el número de años que los mismos establecieron, la agregación de un año preuniversitario no significaría recargo, puesto que las estadísticas demuestran que la gran mayoría de los alumnos necesita en la mayor parte de las carreras más años para sus estudios que los que sus planes establecen. Fuera de que una enseñanza media debidamente impartida requiere un plazo de seis años como mínimo.

El problema de los edificios. — En la nota elevada al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública el de enero se explicaron las consecuencias de la deficiente instalación actual de la mayoría de las Facultades, con respecto a la ejecución de los proyectos de intensificación de la enseñanza. Aquella nota tuvo en su hora amplia publicidad y es por ello innecesario repetir aquí las descripciones hechas, las razones dadas y las normas de solución de este problema propuestas entonces.

Los planes de estudio. — En opinión prácticamente unánime que los planes de estudios de las distintas Facultades están en general recargados por un excesivo número de materias de aprobación obligatoria para todos los estudiantes, sin excepción de la respectiva carrera. Desde cierto punto de vista no es objetable sino plausible la multiplicación de las cátedras en la Universidad, pero es objetable que todas las cátedras pertenecientes a una determinada carrera correspondan a todos los alumnos de ella. Es, pues, por de pronto indeseable la demagoguía de los planes, manteniendo la distinción entre las materias de aprobación obligatoria para todos los estudiantes de la respectiva carrera, y las destinadas al perfeccionamiento de los graduados. La Intervención estableció en un primer momento un reajuste con el consejo del claustro docente de cada Facultad. Al reducirse con esta modificación el cuerpo de las enseñanzas obli-

gatorias en cada carrera, se facilita la intensificación de enseñanza de ellas. Y se hace posible también la incorporación a los planes de estudio de todas las carreras, de ciertas enseñanzas fundamentalmente formativas de la inteligencia, como es la metodología de las distintas ciencias, la metafísica general, que debe constituir, a un mismo tiempo, el fundamento y el ápice de toda disciplina científica, y la ética particularmente referida al ejercicio de las distintas profesiones.

Quedaría así debidamente distinguido en la obra de la Universidad, el establecimiento de las bases de una cultura pura y simplemente humana, la formación profesional y la promoción de la investigación científica, sin el riesgo deformante de una especialización que desentienda de la concepción general del mundo, de la función rectora de los primeros principios y de la consideración del supremo destino del hombre.

Consejo Nacional de investigación científica. — A propósito de investigación científica la Intervención se proponía promover la creación del Consejo Nacional de la Investigación científica, como organismo independiente de las Universidades, pero en estrecha relación con ellas, y cuyo objeto sería lograr una coordinación de todos los intentos de investigación realizados con el patrocinio y la responsabilidad del Estado, así provengan de iniciativas y dotaciones privadas, en las Universidades y fuera de ellas, para evitar dispersiones y desconexiones que reducen, cuando no neutralizan por completo, la fecundidad de la tarea, y para ejercer la superior vigilancia de la obra científica que cada centro o instituto de investigación debe realizar, contralor para el cual las superiores autoridades de la Universidad no tiene siempre la indispensable aptitud técnica.

Instituto de estudios superiores extraprofesionales. — En la nota elevada al Señor Ministro de Instrucción Pública sobre el problema de los edificios universitarios, al indicar la conveniencia de que la sede actual de la Facultad de Derecho, luego del traslado de ésta, se destinara a sede de la Universidad, se expresó el propósito de la Intervención de promover, como directa o inmediatamente anexo a esta última y por consiguiente sin vínculo particular con ninguna de las facultades, como centro de cultura rigurosamente desinteresado, la creación de un Instituto de estudios superiores extraprofesionales, cuyas cátedras ocuparían definitiva o transitoriamente, según los casos, los maestros, nacionales y extranjeros, de más alta autoridad intelectual.

El claustro de profesores. — En lo institucional se habían proyectado las bases para el funcionamiento permanente del claustro de profesores. Se trataba de colocar en su preeminente jerarquía propia dentro de la Universidad el claustro docente, llamando con ello a todos los profesores a asumir responsabilidad en todo lo concerniente a la vida docente y científica de su respectiva facultad, y en ciertos casos a las cuestiones de esa misma índole relativas a la totalidad de la Universidad. Lo más importante en la marcha de una Facultad no es por cierto la actuación de sus autoridades, sino la de sus profesores. Y no sólo la de cada uno de éstos, en el ámbito restringido de su propia cátedra, sino, como se acaba de decir, en todas las cuestiones generales de su propia Facultad, puesto que la enseñanza que en cada una de ellas se imparte debe tener unidad esencial y no ser la agregación inorgá-

nica de enseñanzas particulares desconectadas entre sí.

La corporación estudiantil. — Ya se había planeado la organización de la corporación estudiantil. Por el hecho de la inscripción en una Facultad con el carácter de alumno se adquiere la condición de estudiante universitario. El conjunto de esos estudiantes constituye una unidad institucional, es decir, una corporación, a la cual debe dotarse de órganos de funcionamiento para que su vida se desenvuelva orgánicamente y comprenda y exprese de un modo natural a la totalidad de los miembros que la integran. No se trata de obligar a los estudiantes a agremiarse; la agremiación, si así quiere llamarse, se ha producido de pleno derecho por la inscripción de una persona como alumno de la Universidad. Y como esa incorporación trae consigo deberes y derechos, la totalidad de los incorporados deben hallar un régimen institucional para su condición de estudiantes, que promueva el cumplimiento de los deberes y que asegure y coloque en su orden propio el ejercicio de los derechos. De ese modo, y no en un anárquico pie de igualdad con profesores y autoridades, el alumnado de la Universidad tendría medios de expresarse auténtica y eficazmente, sin el riesgo de ninguna ingerencia ni de ninguna desviación extrauniversitaria.

El estatuto. — Logrados en lo fundamental estos propósitos, habría debido proponerse el Estatuto de la Universidad, que al acogerlos y consagrarlos en sus disposiciones orgánicas, les asegurará la indispensable estabilidad. Con ello, la misión de la Intervención habría concluido.

El alcance y la importancia de la colaboración prestada por los señores Interventores Delegados está escuetamente expresada en el decreto de aceptación de sus renuncias, que dice así:

"Art. 1º. — Aceptanse las renuncias presentadas por los señores Interventores Delegados: doctor don Atilio Dell'Oro Maini, en la Facultad de Ciencias Médicas; doctor Carlos Obligado, en la Facultad de Filosofía y Letras; ingeniero don Rafael Ayerza, en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; ingeniero don Ricardo Silveyra, en la Facultad de Agronomía y Veterinaria y doctor don Ernesto J. Tissone, en la Facultad de Ciencias Económicas, agradéceselas la inapreciable colaboración prestada al suscripto y la acción desarrollada en las respectivas Facultades con tanta autoridad moral como inteligente comprensión de los verdaderos fines de cada una de ellas, de sus actuales problemas y sus reales necesidades y todo ello con un común propósito de unidad que subordinó siempre las cuestiones particulares de cada casa de estudios a los fines superiores de la Universidad y permitió procurar el afianzamiento de la orgánica integridad de ella".

Los Interventores Delegados de las Facultades acompañaron y asistieron al Interventor de la Universidad con la autoridad y la eficacia de un Consejo literalmente Superior.

Debe ser por fin dejar constancia de la comprensiva y generosa disposición de voluntad en que la Intervención halló a todos los señores profesores a los que hubo de pedirse alguna colaboración, cualquiera fuese la índole de ella. Con esa disposición, — que iba a recogerse en el funcionamiento, como órgano institucional permanente de la Universidad, del claustro docente, — se contaba para llevar a término la reestructuración general de los planes, aludido precedentemente.

Análoga comprensión halló la Intervención por parte del alumnado que, salvo escasísimos episodios aislados que no tuvieron ni en su momento ni después la más mínima resonancia, se comportó desde el primer momento con estricta disciplina y comunicó con la Intervención en actitud de sumo respeto. Era a ese espíritu de respeto, de disciplina y de conciencia jerárquica a lo que la Intervención se proponía darle institucionalidad en la vida de la Universidad mediante la corporación de todos los estudiantes que la integran, explicada en párrafos anteriores.

Sólo se ha hecho referencia en lo que antecede a las grandes líneas de los propósitos y proyectos más generales y fundamentales al mismo tiempo que se atendía a ellos fueron considerándose numerosas cuestiones de otro carácter, desde el pronunciamiento correspondiente a la investigación efectuada en la Facultad de Medicina y el régimen de designación de profesores titulares, hasta el establecimiento de normas relativas al otorgamiento de las becas, para asegurar la más objetiva y justa selección de los aspirantes.

Se omite la enumeración de todo lo considerado, proyectado y resuelto en este orden de cosas, porque sería engorroso y carece de interés general.

TOMÁS D. CABARRÉ.



Cine

“MADAME CURIE”

No ha sido el fuerte de la cinematografía norteamericana los films sobre grandes figuras históricas. Si enumeramos algunos ejemplos notorios: Cristina de Suecia, María Waleska (es decir, Napoleón), Catalina la Grande, Voltaire, María Antonieta y varios otros, comprobaremos que ninguno de ellos ha logrado arraigar indeleblemente en la memoria de los espectadores.

Con “Madame Curie”, creemos, no ocurrirá lo mismo. Acaso porque, esta vez, el personaje biografiado más que fisonomía histórica, la tiene moral.

Lo cierto es, sin embargo, que, salvo algunas —muy pocas— concesiones a la mogigatería idealista de los anglos-sajones, (como ese inaguantable discurso que, al final, ponen en los labios ilustres de Madame Cu-

rie), en general el film que comentamos traza, con pulso firme y línea segura, el perfil difícil de la protagonista. Además, en algunas escenas, por ejemplo: la del dolor silencioso de Madame Curie, luego de la trágica muerte de su marido, este film consigue transmitirnos, con admirable limpieza, una noble, hondísima emoción.

Pero, quizá, lo más logrado de la nueva vista más que algunas escenas parciales, sea la presentación, en haz vivo y humano, de las dos virtudes antagónicas que, según parece, configuraban la personalidad de Madame Curie: el impersonal, inexorable llamado de la vocación científica por un lado, y la aptitud —dócil— para cumplir con el íntimo, delicado, monótono deber de la cotidiana vida de familia.

En lo que atañe al trabajo de los intérpretes, el papel de Pierre Curie, está ejecutado deliberadamente en función del personaje femenino. Dentro de esos límites el desempeño de Walter Pidgeon es excelente, inobjetable casi. De Greer Garson podría decirse

otro tanto y con el sobreañadido mérito de la mayor responsabilidad que le incumbe, si, de hecho, no se hubiese topado con el obstáculo insalvable de tener que reproducir en la pantalla la espiritualidad prodigiosa del rostro de Madame Curie, de la Madame Curie real, de la de carne y hueso.

En definitiva, un film grato y serio, en el que, no dudamos, el público de Mickey Rooney, se habrá aburrido minuciosamente.

M. E.

“SU MEJOR ALUMNO”

Con “Su Mejor Alumno”, el cine nacional campea por sus cabales. Por primera vez, creemos, en una producción argentina, sobre un tema argentino, y dirigido a toda clase de público (y así debe ser siempre el cine; no hay films para minorías), sus autores han logrado trascender el mísero sentimentalismo que hasta ahora tenía de debilidad los argumentos más bravos, por ejemplo, la “Guerra Gaucha”, para llegar, sin salirse, no obstante, de una atmósfera de fina, contenida emoción, hasta la inteligencia del espectador. Si damos por sobreentendida la utilización ajustada de muchos recursos técnicos y la buena calidad artística de los escenarios, virtudes éstas ya logradas en otras producciones nacionales, la característica que distingue a “Su Mejor Alumno” es a un grado más noble que el de esos meros recursos técnicos.

Se trata, esta vez, de una virtud de interpretación, de cabal manejo de un tema. Y no de uno cualquiera.

Es verdad que el Sarmiento que este film presenta, no es el Sarmiento real; es un Sarmiento visto en perspectiva de tiempo, en el escorzo de una crítica y de una crítica indulgente. No está, sin embargo, deformado dolosamente; en todo caso, aunque benévola, es una interpretación posible del furibundo sanjuanino; un enfoque afirmativo que, sin mentir, presenta sólo el lado coherente de su personalidad.

Convenía destacar, pues, el venturoso indicio que este film comporta.

M. E.

COMO ADHESION AL IV CONGRESO EUCARISTICO NACIONAL

publicaremos en octubre próximo, en un verdadero alarde de superación gráfica

LOS CUATRO EVANGELIOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

versión de la Vulgata Latina, revisada por el

R. P. José S. Réboli, S. J.

por expresa designación de Su Eminencia el Cardenal Primado
doctor Santiago Luis Copello

96 grabados a toda página reproduciendo xilografías

del artista de renombre universal

VICTOR DELHEZ

interpretan el sagrado texto en forma magistral.

Las láminas llevan explicaciones del R. P. doctor Juan R. Sepich
comisionado también por la correspondiente autoridad eclesiástica.

PRECIO ESPECIAL PARA LOS 1000 PRIMEROS SUSCRIPTORES

Un ejemplar de gran formato (40x30 cms.) lujosamente encuadernado \$ 100

Precio posterior de venta \$ 120

Reserve con tiempo su ejemplar por medio del volante inserto al pie.

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.

Reconquista 319-27 — Buenos Aires — U. T. 31, Retiro 3411

EDITORIAL GUILLERMO KRAFT LTDA.

Reconquista 319

Buenos Aires

Fecha

Solicito un ejemplar de “Los cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo”, estando conforme en abonar la suma de cien pesos m/n. a la entrega de la obra.

Nombre

Domicilio

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

LOS TEMAS DE HOY

y el

PENSAMIENTO TRADICIONAL

Dirige Julio Meinvielle

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800